

camán y asustan. Alguno se resiste, como el diablo a que le chapucen en la benditera.

Y pensando en la repugnancia con que el pueblo mira la operación de la vacuna, claro es que lamentamos que la gente nutra estas preocupaciones, porque indican que estamos a medio civilizar, en varios aspectos, que no se reducen, por desgracia, a éste. Y la verdad es que la mayor parte del globo terráqueo, en punto a civilización, se encuentra balbuciendo las primeras palabras. Nos ilusionamos, porque somos europeos y creemos que la humanidad ha llegado a un período de desarrollo muy halagüeño y muy brillante. Es un error. Los civilizados — aun dando a esta palabra un sentido muy amplio, no restrictivo — son inmensa minoría.

Cuando se oye llamar caducas a las sociedades, más bien debiera proclamarse que estamos en los albores de la humanización del globo, que no sé si se realizará plenamente algún día, pero que hoy apenas comienza.

Problema interesante: para que esta humanización se realice, ¿es necesario que desaparezcan ciertas razas, indudablemente incapaces de progreso, como es fácil observar?

Ya sé que, teóricamente, a todos los humanos se los considera capaces de adelanto y cultura. Abrigo, no obstante, la contraria convicción. Será cruel, pero ¿y si es verdad? En cuanto al hecho civilizatorio, también noto algo que me confunde y desorienta: y es que en muchos puntos del globo, en otro tiempo civilizados, a su manera y a su estilo, y algunos, a un estilo y manera que no falta quien considera hasta superior al nuestro actual, por ejemplo la Grecia clásica, han perdido completamente, no sólo los beneficios, sino hasta la memoria de tal estado; y algunos, como el Egipto, que pudo contarse entre los grandes pueblos cultos de la antigüedad, son ahora ruinas gloriosas y regiones atrasadísimas, a pesar de la ingerencia europea.

Es decir que la civilización no presenta caracteres de solidez bastantes para poder crear un estado definitivo en una comarca ni en una raza de las que pueblan el globo.

Asusta pensar que el mundo entero no es sino vasto cementerio de civilizaciones, o vivo hormiguero de pueblos aun salvajes, y que no habrán de civilizarse jamás. Tentada estaba a comenzar el recuento de las *bajas* sufridas por la nuestra, por la española... Sí; ¿por qué no? En Europa estamos, pero hay este rasgo característico: las demás naciones de Europa han adelantado, y hemos retrocedido nosotros, si tomamos por tipo de comparación otras épocas históricas, y recordamos lo que fuimos, con relación a los demás pueblos. No hay duda, entonces estábamos a la cabeza, y ahora estamos a la cola. Algo pues ha muerto de nuestra civilización, propia, genuina, algo que no hemos acertado a substituir.

Consideremos ahora a nuestros eternos enemigos, los moros marroquíes; a ver si no estamos en presencia del cadáver de una civilización. Por siglos enteros, esta gente, compuesta de las razas mezcladas que nos habían invadido, poseyó una civilización muy ensalzada por historiadores y eruditos, y con la cual hasta nos han motejado a nosotros, encontrando que nuestros reinos cristianos andaban atrasados con relación a los emiratos y califatos árabes; que ellos conocían mejores métodos de agricultura y jardinería, que realizaban maravillas de arquitectura, que tejían telas, curtían cueros, encuadernaban libros y fabricaban armas como nunca las habíamos soñado nosotros, y que hasta en filosofía y letras, en cortesía y galantería, en número de mujeres doctas y poetas, nos ponían la ceniza en la frente. Todo esto duró, hasta que logramos expulsarlos. Desde entonces, no hicieron cosa notable, sino piratear. Del estado en que los hallamos, cuando tuvimos que volver a ponernos en contacto con ellos, nada diré, pues es sobrado conocido: la barbarie más tosca, la regresión al régimen tribal, que es uno de los primitivos, la corrupción en los que están al frente, y, en los bereberes de la vertiente septentrional del Atlas, un salvajismo belicoso y labriego. Los elementos superiores, de procedencia árabe, o no quieren o no pueden modificar este estado de cosas, y a nadie sorprenderá si digo que estos pueblos, habiendo perdido lo que constituía su grandeza y su poesía particular, no han adquirido otras cualidades, ni realizado ningún progreso, antes han erigido en dogma su atraso secular. Y esta es la clara señal de muerte de la potencia civilizadora.

En cuanto a las regiones que confinan con el Sáhara, muchas de ellas ni exploradas han sido aún. En el Sáhara occidental, una mujer, interrogada por un viajero, declaró que no se había lavado hacia 7 años.

Razas salvajes son también los tuaricos, los senegaleses, los habitantes de la costa septentrional de Guinea, y en estado no más halagüeño se halla la famosa república de Liberia, que se consideró un ensayo

de civilización de los negros, y que, por pendiente natural, fué pronto una demostración de que muchas razas prefieren decididamente el salvajismo, y repugnan los procedimientos civilizadores, aun cuando momentáneamente y forzados los admitan y practiquen. No hablemos del país de los achantis, cuyas costumbres son, por decirlo así, la quinta esencia del salvajismo. Salvajismo confitado en sangre es el atroz Dahomey, donde todavía se adora con devoción a la serpiente. Nuestros indígenas de Fernando Poo y Annobón no son menos refractarios a los escasos progresos que pudiésemos enseñarles nosotros. De semisalvaje puede calificarse el estado del Sudán central, y en la cuenca del Nilo (como en Marruecos, y más caracterizado todavía) se nos aparece la gran momia de otra civilización difunta, la admirable del Egipto. No se encuentra en estado enteramente salvaje el Egipto actual, pero los laboriosos conatos de civilización con carácter europeo y sello inglés están más en la superficie que en el fondo. En el alto Nilo, la vieja Nubia encierra a los antiquísimos etíopes, que hoy muchos etnólogos quieren presentar como tronco de toda la estirpe humana, y tampoco son los etíopes gente culta que digamos. Hay allí pueblos que se lavan con líquidos nada perfumados, de origen orgánico. En algunos se practica celosamente la esclavitud. En Abisinia hay rastros de cultura y de cristianismo, pero no pasan de rastros. Conocido es el estado natural de Zanzibar y de las márgenes de los lagos donde el Nilo, tiene sus fuentes tantos siglos misteriosas, cuyos indígenas, hoy enteramente salvajes, presentan semejanzas marcadas con el antiguo tipo egipcio.

Y, por no entretenerme más en África, y no hablar de los dilatadísimos territorios americanos donde ni aun ha asomado la civilización, preguntaré, ¿si gran parte del enorme imperio ruso, en el Asia, y otra mayor aún del imperio de Turquía, en Asia igualmente, se pueden considerar como civilizadas? En el Asia, los cadáveres de civilizaciones asombran por su número y su magnitud. Como cadáver de civilización, en muchos respectos, podemos considerar a China, y también a Persia, y a la India, hoy sometida al imperialismo de los codiciosos insulares. Estos muertos imponen respeto, sobre todo la India, que tiene unas lenguas tan prodigiosas, que ha dado al mundo tanta filosofía y poesía, y tan portentosa cosecha de mitos y religiones. Tampoco las posesiones holandesas, las bellas islas de Java, Sumatra y Borneo, si están sometidas, cabe decir que estén civilizadas. Ni ha de negarse que Palestina y Siria, sean restos de civilizaciones perdidas, países donde sucedieron cosas inmensas, y ya nada sucede que no sea mezquino, y, aun, para nuestro cristianismo, vergonzoso. Gran parte de Persia es un desierto; por la otra, vagan hordas nómadas, miserables. Del Cáucaso, donde tiene su origen el más noble tipo de humanidad, y donde el Titán Prometeo se yergue como símbolo del progreso de la raza humana, no diremos que esté del todo salvaje, pero sí que poquísimo ha adelantado, a pesar de la superioridad de sus elementos étnicos. Del interior de la China, y del Japón mismo, a pesar de las apariencias, no supongo que sean tierras de cultura. En las regiones del Himalaya, existe estacionamiento, más bien que salvajismo. De las Filipinas, es delicado hablar, ahora que han roto nuestro yugo, pero no creo que ni antes ni ahora la civilización ande allí como por su casa. Y si nos volvemos a Australia, encontraremos la verdadera tierra del salvajismo, donde este estado va unido al ser del hombre de aquellas regiones singulares, continente y archipiélagos, restos de algún inmenso territorio que ha ido hundiéndose en los mares. Los europeos pueden extinguir las razas inferiores, australianas, polinesias y melanesias, que al contacto de la civilización perecen; lo que no pueden es transformarlas.

Meditando sobre el caso, podemos afirmar: primero, que es una superficie muy reducida del planeta la que está civilizada con arreglo al concepto actual de la civilización; segundo, que en esa misma superficie no es seguro que sea la civilización un dato fijo y que existe en el hombre europeo una protesta incitante y una tendencia regresiva, a la cual responde la horda de los llamados *salvajes de la civilización*, numerosos; tercero, que la raza blanca, dominadora de tantas comarcas, pues no hay nación adelantada que no posea sus colonias, o no esté tratando de adquirirlas, no puede dar más civilización de la que tiene, y ésta no es adaptable a muchas razas; cuarto, que civilizaciones magníficas han sucumbido, y no hay razón para que la europea actual, a su vez, no sucumba; y quinto, que acaso cada raza se proporciona el estado que más le conviene, sea civilizado, semisalvaje, o salvaje del todo — y que se puede conquistar a los pueblos, someterlos, explotarlos — pero civilizarlos..., ahí está el *quid*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No me ha sorprendido que, al tratarse de prevenir o combatir la epidemia variolosa, hayan encontrado los inspectores y los médicos, según se dijo cuando tal sucedió, una oposición radical en los mismos que debieran aprovechar el beneficio.

A los que sufren viruela de ignorancia y de preocupaciones, la sola idea de la lanceta les horroriza. Prefieren todos los peligros del mal, a la precaución que ha de evitarlo. O por mejor decir, no creen que aquel lancetazo prevenga mal ninguno. Esta incredulidad respecto a la ciencia nace de la ignorancia, estamos conformes; pero también de un recelo que es natural en la gente de baja, pobre y humilde condición, y que se engendra en sus almas al verse siempre engañados, burlados, despojados y tenidos en poco. ¿Qué será, piensan, la vacuna? ¿Acaso un impuesto disfrazado, a pesar de lo gratuito de la operación?

No sin fundamento, con motivo tal, se dijo que es vergonzoso, que es un estigma para una nación, que en ella la viruela exista aún. Cuéntase que, hace algunos años, en Francia todavía abundaban los casos de viruela, y se hicieron gestiones para averiguar mediante qué sistema la curaban en Alemania. Y se añade que la respuesta de Alemania fué desdeñosa: ellos no sabían cómo se atendía la viruela, porque ya en toda la Confederación germánica no se conocía nadie que la padeciese.

¡Pobres de nosotros! El que haya viruela en una nación, es para ella descrédito y deshonra. Porque, conocido el medio de prevenirla, el no emplearlo acusa tal abandono social, que descubre dos llagas igualmente bochornosas: el descuido e incapacidad del Estado, y la estupidez y atraso de las clases bajas, que tiemblan ante una picadura. Y, sin embargo, estos mismos que la picadura alarma, son, en otros aspectos de la vida, valientes, y aun temerarios. Muchos que palidecen a la idea de un araño preservador, no temerán asistir a un varioloso, que puede contagiarlos, ni a otras mil cosas que ponen en riesgo su salud y su vida.

Yo, que no pecho de medrosa, a nada temí como a la viruela; claro es que me habían vacunado siendo niña; pero entonces casi se desconocía la revacunación, y hasta la idea era sospechosa. Y como se veían casos de personas a quienes la vacunación en la niñez no salvaba del mal, a cada uno de esos casos, que comprobaba, aumentaba mi miedo, especialmente, a causa de los ojos, pues había visto algunos ciegos, a consecuencia de la viruela. Y como casi todo lo que tememos sucede, pues nuestra misma pusilanimidad lo evoca, contraje la viruela en los primeros años de la juventud, por montar a caballo. No parece que exista ninguna relación entre estos dos hechos, y sin embargo la hubo. Yo acababa de dar un largo paseo ecuestre, y, fatigada y bañada en sudor, me detuve al pie de una encina. En frente había una cabaña, y en el umbral, un niño, con trazas de enfermo. Le pregunté qué tenía. Me contestó, en dialecto: «Las vejigas», y se me acercó, curioso: entonces vi que cubrían su cara innumerables pústulas. Volví a cabalgar precipitadamente, y salimos a galope. Al otro día, me acometió un largo desvanecimiento, y, a la otra semana, estaba en la cama, con viruelas, de las más benignas; pero que, así y todo, me pusieron los ojos en grave peligro. El contagio había sido fulminante, sin contacto alguno, sin duda por el aire, donde flotó algún germen, y mis poros, abiertos por el sudor del ejercicio, lo acogieron sin dificultad. Al menos, ésta fué la explicación de los doctores.

No basta la vacunación infantil: es preciso revacunarse, cada seis u ocho años, hasta cuando se han tenido las viruelas una vez; porque reinciden. — En las casas, el anuncio de la revacunación, para los servidores, suele ser alarmante. He notado que, excepto los ya revacunados en el servicio militar, todos se es-

Ya que amor y n me ocurru en sus Laur a pesar d semejant amoroso.

Me re parnasial tantes añ

Lecon bón, a la sectarism

Esta isla Mascare necesario

turalaza única isl careñas,

continge ny, y Le

En ta mera ed dos vecc

juventu sar de s el de la

paisajist alimaña salvajes

Dura de Bort una enc

fuego, e se esta

cie de l transpo

do perco

tos vers den, ve

un amo guro qu

tambié El ci

«Toc versos

sa — ba una fre

la colir iglesia;

la supe oro, cre

»Bra beza el

tu lech y nervi

tado el cantab

calzad llos vie banse

dagasc

»En dos; y jos, la

mariti